

CAMINANDO CON JESUS

Estudio Biblico

Enero 21, 2026

zoom.us

ID: 898 9111 2295 PASSCODE: revive



SERIE - JESÚS Y LAS PARÁBOLAS -

Clase

“ La Parábola del Buen Samaritano ”

INTRODUCCION:

La parábola del buen samaritano es una de las parábolas más conocidas de Jesús. Con ella aprendemos la importancia de tener un corazón tan lleno de amor y misericordia, que cuando alguien nos necesite no nos fijemos en su raza, religión o su clase social. El amor nos moverá a la acción, y amaremos a esa persona como a nosotros mismos.

TEXTO BIBLICO: Lucas 10:25-37

25 En esto se presentó un experto en la Ley y, para poner a prueba a Jesús, se puso de pie y le hizo esta pregunta: Maestro, ¿qué debo hacer para heredar la vida eterna? 26 Jesús respondió: ¿Qué está escrito en la Ley? ¿Cómo la interpretas tú? 27 Como respuesta el hombre citó: “Ama al Señor tu Dios con todo tu corazón, con todo tu ser, con todas tus fuerzas y con toda tu mente”, y “Ama a tu prójimo como a ti mismo”. 28 Bien contestado dijo Jesús. Haz eso y vivirás. 29 Pero él quería justificarse, así que preguntó a Jesús: ¿Y quién es mi prójimo? 30 Jesús respondió: Bajaba un hombre de Jerusalén a Jericó y cayó en manos de unos ladrones. Le quitaron la ropa, lo golpearon y se fueron, dejándolo medio muerto. 31 Resulta que viajaba por el mismo camino un sacerdote quien, al verlo, se desvió y siguió de largo. 32 Así también llegó a aquel lugar un levita y al verlo, se desvió y siguió de largo. 33 Pero un samaritano que iba de viaje llegó adonde estaba el hombre y viéndolo, se compadeció de él. 34 Se acercó, le curó las heridas con vino y aceite, y se las vendó. Luego lo montó sobre su propia cabalgadura, lo llevó a un alojamiento y lo cuidó. 35 Al día siguiente, sacó dos monedas de plata y se las dio al dueño del alojamiento. “Cuídemelo le dijo, y lo que gaste usted de más, se lo pagaré cuando yo vuelva”. 36 ¿Cuál de estos tres piensas que demostró ser el prójimo del que cayó en manos de los ladrones? 37 El que se compadeció de él contestó el experto en la Ley. Anda entonces y haz tú lo mismo concluyó Jesús.

EL MENSAJE DE LA PARÁBOLA

La parábola del buen samaritano fue la respuesta de Jesús a un maestro de la ley que le preguntó quién era su prójimo.

En lugar de darle la respuesta, Jesús le contó esa historia para que él mismo reflexionara y la descubriera. Un hombre iba por un camino y unos ladrones lo asaltaron quitándole todo lo que tenía. Lo hirieron de tal forma que lo dejaron medio muerto en medio del camino. Por el camino pasaron otras tres personas. Primero, un sacerdote que vio al hombre en el suelo, lo ignoró, y siguió su camino. En segundo lugar, pasó un levita. Los levitas, al igual que los sacerdotes, trabajaban en el templo. Lo lógico sería que uno de los dos se detuviera. Pero no, el levita también siguió su camino sin ayudar al hombre.

La tercera persona en pasar por el lugar fue un samaritano. Los samaritanos y los judíos tenían cierta rivalidad. Los samaritanos eran considerados inferiores y herejes. Sin embargo, el samaritano sintió misericordia por el hombre tirado en el camino. Se detuvo a ayudarlo, vendó sus heridas y lo llevó a un lugar donde lo cuidó. Antes de continuar su camino, dejó suficiente dinero para que otra persona cuidara del herido. Jesús le preguntó al maestro de la ley cuál de los tres demostró ser el prójimo del herido. «El que hizo misericordia con él» fue su respuesta. Y Jesús lo animó a hacer lo mismo, a mostrar misericordia por su prójimo.

LA ENSEÑANZA DE LA PARÁBOLA

Con esta parábola aprendemos la importancia de amar y tener compasión de los demás, sean quienes sean. El gran mandamiento de amar a Dios con todo nuestro ser y a nuestro prójimo como a nosotros mismos, es uno que lleva a la acción: ¡debe practicarse! Un amor que no se expresa de forma concreta, no es amor verdadero, sino una emoción. Dios mismo expresó su amor por nosotros por medio de la acción. Él envió a Jesús para que, por medio de él, podamos tener el perdón de nuestros pecados y la vida eterna.

El amor que viene de Dios está libre de prejuicios. No se fija en la raza, el sexo, la condición social, o cualquier otra cosa para decidir actuar o no. Es un amor que traspasa todas las barreras que los humanos podamos levantar, para alcanzar a todos. El samaritano no tenía obligación de ayudar al judío tendido en el camino. Pero su compasión fue más grande que cualquier prejuicio. Y así debe ser. Ayudemos a nuestro prójimo, amemos de forma práctica a quienes lo necesitan. ¡Mostremos el amor de Dios!

5 ENSEÑANZAS DE LA PARÁBOLA

Con la parábola del buen samaritano, Jesús enseñó quién es nuestro prójimo y cómo debemos mostrar en la práctica nuestro amor por Dios y por los demás. Amar a Dios no debe ser solo una emoción que nos embarga en un momento. Debe ser algo que mostramos constantemente en la forma en que tratamos a los demás. El corazón del buen samaritano estaba muy lleno del amor de Dios. Esto lo demostró al estar dispuesto a dejar su comodidad y exponerse a peligros para ayudar al hombre moribundo que encontró en su camino.

1. Enfocarnos en la persona necesitada, no en los posibles peligros

El camino de Jerusalén a Jericó era conocido por ser peligroso. El herido había sido asaltado y dejado medio muerto, lo que implicaba un riesgo real para cualquiera que se detuviera a ayudar. Sin embargo, el buen samaritano no permitió que el temor lo paralizara. Mientras otros vieron el peligro y siguieron de largo, él vio a una persona que sufría. Su compasión fue más fuerte que su miedo. Esto nos enseña que el amor verdadero nos ayuda a mirar más allá de las circunstancias adversas y a poner en primer lugar la necesidad del prójimo, aun cuando hacerlo implique sacrificio o riesgo personal.

2. Debemos mostrar el amor a Dios y al prójimo con nuestras acciones

El amor genuino que viene de Dios no se queda en sentimientos ni en buenas intenciones. Se demuestra con hechos concretos. El buen samaritano no solo sintió lástima por el herido, sino que actuó de inmediato. Se detuvo, vendó sus heridas, las trató con aceite y vino, lo subió a su cabalgadura y se encargó personalmente de su cuidado. Esto nos recuerda que amar a Dios y al prójimo implica movernos, servir y responder a las necesidades reales de las personas. Un amor que no actúa se queda incompleto. El amor que viene de Dios siempre nos impulsa a hacer algo por los demás.

3. El corazón lleno del amor de Dios no se deja vencer por los prejuicios

En ese tiempo, existía una fuerte enemistad entre judíos y samaritanos. Aun así, el buen samaritano no permitió que los prejuicios culturales, religiosos o sociales definieran su respuesta. Para él, el hombre herido no era un judío, sino una persona necesitada. El amor que Dios pone en nuestros corazones no discrimina ni selecciona a quién ayudar. No se fija en la raza, la condición social, el pasado o las diferencias personales. Cuando el amor de Dios gobierna nuestra vida, somos capaces de ver a los demás como él los ve y de extender misericordia sin barreras.

4. Debemos dar con generosidad, sin esperar nada a cambio

La ayuda del buen samaritano no fue limitada ni calculada. Él dio su tiempo, sus recursos y sus fuerzas sin esperar reconocimiento, gratitud o recompensa. Incluso después de llevar al herido al mesón, dejó dinero suficiente para que continuaran cuidándolo y prometió cubrir cualquier gasto adicional. Esta actitud nos enseña que la verdadera generosidad nace de un corazón confiado en Dios. Cuando entendemos que todo lo que tenemos proviene de él, somos capaces de dar libremente y con alegría, sin medir el beneficio personal ni esperar algo a cambio.

5. Quien tiene el amor de Dios no duda en involucrarse y actuar frente a las necesidades del prójimo

El buen samaritano no ayudó desde lejos ni de forma superficial. Se involucró profundamente en la situación del herido. Tocó sus heridas, lo cargó, lo acompañó y se responsabilizó por su bienestar. Así también, el amor de Dios nos llama a involucrarnos en la vida de las personas, a no quedar indiferentes ni distantes frente al dolor ajeno. Quien ama como Dios ama no pasa de largo, sino que se acerca. Acompaña al que sufre y se compromete a aliviar su necesidad usando los recursos que tiene a su alcance.

CONCLUSIÓN

La parábola del buen samaritano nos desafía a vivir un cristianismo práctico, visible y lleno de misericordia. Nos recuerda que amar a Dios se refleja en cómo tratamos a quienes encontramos en nuestro camino. Un corazón lleno del amor de Dios no ignora el sufrimiento, no se deja dominar por el miedo ni por los prejuicios, y no escatima esfuerzos para ayudar. Al igual que hizo el buen samaritano, aprendamos a detenernos, a mirar con compasión y a actuar con amor, mostrando así el corazón de Dios al mundo.

